

preguntó apenas me le hube acercado.

—Nada; estos tabacos para Ud. en cambio de unos pormenores.

Los ojillos de la vieja se avivaron como dos fósforos encendidos.

—Ese hombre ¿estaba enfermo de verdad, mi tía Matilde?

—Ay, señorito; esa es una historia.

—Pues empieze.

—Allá voy, no se apure tanto. Pero no me intorumpa, que ya es un poco tarde.

Y llevándome á un extremo del vestibulo, me lo refirió todo como yo lo deseaba.

Por ella he sabido que la gorda rubia era una inglesa nombrada Fany, y el joven de la cara triste un español que se llama Julio. Aquella, nacida en un barrio pobre de Londres de gente cualquiera, desde muy niña aprendió los ejercicios ecuestres, porque sus padres fueron del oficio; mientras que Julio, heredero de un ricacho vizconde, sabía votar el dinero á manos llenas, pero no trabajarlos. Los dos habían asombrado á Madrid en una época: ella con su belleza codiciada por las calaveras de mayor fama, y él con el boato que derrochaba en su palacio. Julio se hizo durante algunos inviernos la comidilla forzosa en los salones y casinos de la aristocracia. Sus caballos ganaban los primeros premios en las carreras; sus trenes, lujosamente ataviados eran los que más lucían en carnavales; sus carruajes, los mejores en los paseos, y él el primero en todo.

Una noche de moda en Price la conoció y le gusto. "Para un noble rico y buen mozo no hay dificultades", —se dijo Julio, y lanzóse á la conquista. La volatina fué en aquella temporada su amor. Al terminarse la contrata, quiso salir, y el vizconde, que se había enamorado realmente — hasta el punto de que llegó á pensar en casarse con ella, la compró un hotelito y se lo amuebló sin reparar en sumas, lloviendo sobre Fany trajes de los más costosos, prendas soberbias, abonos en los teatros: en el mismo Price, carruajes, caballos, sirvientes, al igual de su amante. Aquello era un huracán furioso de lujo que se agitaba entre las corrientes de un río de oro.

Llegó la época de mala; los negocios se enredaron, y como el vizconde no disminuía sus gastos, por orgullo, ni los de ella, porque la amaba demasiado, fué preciso ir hipotecando las casas — el hotelito inclusive — y vendiéndolo todo para guardar las apariencias. Mas llegó un día en que estalló la metralla: Julio se vió en la calle sin un céntimo, abandonado de sus amigos, que le llamaban "mala cabeza" cuando ya no podían explotarlo. ¿Qué hacer? La propuso matrimonio y trabajar, pero la

volatina no aceptó. ¿Casarse con un arruinado? ¡Jamás! Y, sin embargo, no le dejaba: en medio de su perversidad era agradecida. Decidió Fany buscar contrata en otra compañía, y la encontró pronto. Entonces Julio, después de mucho pensarlo, por no separarse de ella, pidió también ingreso en clase de titiritero. Lo que pasó dentro de aquel hombre es indescriptible; el caso es que se varió de nombre y marchó de Madrid con la compañía.

Al principio las cosas iban perfectamente: vivían dichosos en su modestia. Pero la volatina, acostumbrada ya á malrotar el dinero, principió á admitir los galanteos de la gente alegre, en cambio de unas pocas monedas, y de parranda en parranda, concluyó por sumergirse en un lodazal de inmudicias. Y Julio se lo perdonaba todo, con tal de tenerla cerca algunas horas: hasta las noches que se pasaba en vela, apoyado en la ventana de su buhardilla, esperándola que volviese.

Resultó á la postre que aquella mujer que nunca había tenido cariño á nadie, fué presa de una verdadera pasión, violenta, de esas capaces de los mayores sacrificios, ¿y por quién? por un hombrezuelo vulgar, por el payaso de la compañía el que la hacía reír tanto con su cara pintarrajada y su voccecita de violín sin perrubia, diciéndola sandeces por lo bajo, mientras la sujetaba el aro que ella cruzaba: el mismo que había sido "jockey" de Julio en los buenos tiempos. Con otro hombre cualquiera el vizconde la habría perdonado, pero con un villano así, con su mayor enemigo, el que había descubierto su incógnito á los compañeros, ¡oh jamás! Eso no admitía más que venganza. Y la tendrá — me repetía la vieja portera al separarnos.

Cinco ó seis noches después volví al circo: se daba la función de gracia del payaso. Todo estaba lleno de gente. Mis amiguitas ocupaban su palco de costumbre. El cadete, desde una luneta, parecía matarme á miradas. Comenzó el espectáculo muy bien; los artistas se estremaban en lucir sus habilidades. Un ejercicio entre el payaso y la volatina fué aplaudido á rabiar; los dos pobres diablos estaban satisfechos. La volatina reía locamente cuando trabajaba con el beneficiado: para los demás apenas tenía una sonrisa. En la segunda parte tiró los puñales. Esta vez el vizconde pudo hacer el ejercicio, pero su rostro estaba más desencajado, sus mejillas más pálidas, sus ojos más oscuros.

A los pocos momentos de terminar los artistas su número, subió el payaso á un trapecio, el más alto, para dar el salto mortal. Tocó la orquesta un redoble continuado; el payaso dió un salto en el trapecio,

echándose el aire... y Julio dejó caer el extremo que sujetaba de de la red. Rápida, al mismo tiempo, se vió una cosa brillar á los reflejos de las luces, y un puñal que la volatina había conservado entre sus manos, fué á clavarse en el pecho de Julio, lo mismo que se clavaban en la tabla momentos antes. Llenó el circo un solo grito horrible, espantoso. Yo cerré los ojos sin darme cuenta, y al abrirlos vi que sobre la arena yacía tendido el hombre de las ojeras profundas, con el pecho ensangrentado y la cara escupida, y un poco más allá, á corta distancia, la volatina, arrodillada, recogía en su boca el último aliento del payaso.

CÉSAR DE MADRID.

Isabel.

I.

Una tarde, hace mucho tiempo me puse á hojear los libros de la biblioteca de mi padre y encontré uno de lujosa encuadernación que tenía en la primera página el retrato de un hombre de fisonomía franca y simpática, "tenía la frente estrecha y prominente, los ojos grandes y azules, los labios finos, las facciones altivas y regulares, aire elegante y una especie de desenvoltura de gran señor." hubiérase dicho al verlo que era algún duque ó algún príncipe; pero al pie del retrato estaba sólo el nombre de un ciudadano de Francia, aquel grabado representaba á Alfonso de Lamartine.

Tomé el libro, salí de la casa, atravesé la llanura y me interné en el bosque; llegué cerca de un arroyo y me senté al pie de un árbol sobre la tibia arena de la orilla.

Abri el libro y empecé su lectura: no se cuanto lei.....

Pero cuando cerré aquellas páginas empapadas por mis lágrimas la tarde ya terminaba. Y en mi mente quedó luego la imagen de una mujer joven, que vagaba á las orillas de un lago, y que tenía los cabellos rubios entre cuyos rizos jugueteaba el viento, que tenía la faz pálida y que sus ojos eran azules, tan azules como el cielo que se miraba sobre las ondas del lago y que en sus labios, ya movidos por una sonrisa de alegría, ya contraídos por una carcajada de dolor sonaba dulcemente un nombre.

Y sin saber por qué, lloré por aquella joven y después lloré por mí.

Aquella lectura había despertado mi corazón: en el murmullo del arroyo, en el rumor de la selva, en el canto de las aves y en el apacible ruido de la brisa jugando con las hojas, me parecía oír una voz que remedaba por su ternura los cánticos que había escuchado en